

Alvaro Vega es un periodista de raza aunque, en los tiempos que corren, ello no quiera decir demasiado. Habrá que aclarar que siempre tuvo instinto y buen lápiz, hechuras de oyente y confesor, catadura de comunicador a ultranza en tiempos no siempre bonancibles, esto es, en eso que llamamos transición democrática española.

Le conocí hace demasiado tiempo cuando ambos militábamos en aquella hermosa aventura llamada Diario 16 que, en la memoria, guarda muy pocos rasgos comparables a cualquier otro periódico de entonces o de ahora. Alvaro Vega (Córdoba, 1963), periodista, ha desarrollado buena parte de su vida profesional en la Agencia EFE, donde llegó en 1990 y de donde, desde entonces, sólo se ausentó durante tres años para dirigir la comunicación de la Diputación de Córdoba.

En dicha agencia dirigió la creación del primer Servicio Provincial de Noticias y de la primera sección informativa local para Videotex, Infovía e Internet que la Agencia puso en marcha, en este caso mediante un acuerdo con el Ayuntamiento de Córdoba. Antes, ejerció como redactor jefe adjunto en EL DIARIO DE LA COSTA DEL SOL, de Málaga, dirigió NUEVO DIARIO DE CÓRDOBA y fue, como he dicho, corresponsal de DIARIO 16 y responsable de su edición provincial de Córdoba.

De sobra es sabido que la mayor parte de los periodistas guardan una novela en el cajón de sus propósitos. Pero no son muchos los que, como Alvaro Vega, llegan a publicarla. "El letargo de Abudia", a pesar de lo que transmiten las noticias, no es su primera incursión en la literatura, ya que sus artículos están llenos de impecables hechuras literarias, por mucho que en los tiempos que corren resulte trabajoso conciliar la literatura con el periodismo. El periodismo es un género literario y Alvaro Vega ha sido, desde sus inicios, uno de sus mejores artífices en Andalucía. Ahora, ha cruzado la delgada línea que separa la realidad del deseo, o la ficción de lo que parece realidad. A través de su novela "El letargo de Abudia" cuenta algo más que la articulación y la desarticulación de una sociedad provinciana, cuyo topónimo se disfraza convenientemente, vinculadas a un director de periódico, con las filias y fobias que se generan alrededor

de los intereses bastardos que anquilosan el desarrollo de la ciudad. Al menos, eso pueden leer en las reseñas de esta obra escrita con buen pulso y que también es algo más que una novela sobre periodistas de las que afortunadamente tanto abundan en la literatura española desde "La verdad sobre el caso Savolta", de Eduardo Mendoza, o desde "Demasiado para Gálvez", de Jorge Martínez Reverte.

Se trata de una reflexión necesaria sobre la realidad pasada y presente de la periferia, a menudo sin nombre aunque todos podamos adivinar en su descripción algunos rasgos de nuestro propio entorno urbano. A Alvaro Vega le gusta escribir en conciencia, a la manera de aquellos periodistas de la segunda república a quienes tanto admira. Liberal en el mejor sentido de la palabra liberal, basta darse un paseo por Internet para comprobar que ni su figura ni sus escritos pasan desapercibidos. De hecho, enoja a ese sector de la sociedad española al que le enoja mucho más la palabra democracia. Y esa es una estupenda señal para -todos aquellos que asumimos el riesgo de ser libres.

La libertad, eso lo sabe de sobra Alvaro Vega, es una idea en construcción y, a pesar de los escollos que encuentre en su camino, merece la pena apostar por terminar dicha obra. Dashiell Hammett relatava el mismo ambiente de decadencia y corrupción que describe Alvaro Vega en este texto, lleno de guiños para el lector avisado. En el caso de Hammett, la violencia era superficial y en el de Vega, es sutil, interna, por lo tanto mucho más eficaz, cruel y terrible.

Desde la distancia, imposible de conciliar esta tarde, me gustaría invitarles a escuchar la palabra de Alvaro Vega y a leerla después, negro sobre blanco. Su persona, su periodismo y su novela, nos hablan de sueños y de pesadillas. Usted, como lector, tendrá que elegir luego si se queda con la cara o con la cruz de esa moneda falsa que suele ser la historia y que, a veces, parece que durmiera plácidamente "El letargo de Abudia".